

Calles 11 y J (Vedado)
Edificio Rex. Apto. H.
La Habana, Cuba.

20 de Julio de 1949.

Querido amigo:

Su carta me hizo recordar de inmediato los sublimes versos (cuya paternidad -o maternidad- usted me hará el favor de silenciar):

Recuerdo de Adrogué las calles adormidas
paseadas bien despacio después de las comidas
etc. etc.

Con lo cual me lo imagino, acompañado de su numerosa familia, digiriendo churascos por las apacibles calles de la susodicha población. Quizás esto sea indigno de la dignidad de la historia y su correspondiente filosofía, pero "tripas llevan corazón", "primum vivere, deinde philosophare", "la salud del cuerpo se fragua en la oficina del estómago", etc. etc. ¡Quién pudiera gozar de tan apacible existencia (si así lo es)! Vea: nosotros andamos de una parte para otra sin que nadie nos explique por qué ocurre semejante acontecimiento. Ahora estamos en La Habana. En Septiembre próximo esperamos estar de nuevo en EE.UU. (aunque en parte distinta de las antes usadas); en Junio de 1950...¿quién puede saber dónde pararán nuestros cuerpos?. Voy a explicarme brevemente: mi proyecto de instalación en B. Aires fracasó por los motivos económicos de todos ustedes conocidos: los inconvenientes de la inflación mezclados con los de la deflación, por no decir nada de los trastornos causados por el "receso" (términos cuyo significado usted y yo ignoramos aunque los sufrimos) me obligaron a suspender mi compromiso con la Sudamericana. Las condiciones en que se había firmado el contrato parecían pertenecer a los primeros años del siglo XVIII, cuando no se habían inventado todavía el modo de hacer fluctuar las monedas en el breve espacio de dos semanas, de suerte que lo que me correspondía por mi labor ímproba hubiera alcanzado apenas para una magra pitanza. Por otro lado, como la Sudamericana estaba asimismo asustada por el giro de las cosas, convino conmigo en suspender la ejecución del proyecto por lo menos para un par de años. No sé si voy a ocuparme de él en el futuro (en el caso de que se haga); sospecho que no, aunque la cosa me agradaría con el exclusivo objeto (y no es halago) de encontrarme con algunos amigos de ahí y sobre todo con ustedes, con quienes nos entendemos tan bien (esto es un suceso tan raro hoy día que vale bien la pena de un desplazamiento geográfico radical). En fin, ya veremos. El caso es que durante un tiempo estuvimos, como suele decirse, en la estacada. Teníamos la intención de pasar unos meses en París, pero mi visado francés tardó más de tres meses en llegar. Pude quedarme como profesor en

Brooklyn College, con un sueldo casi fabuloso, pero comprobé que era un lugar infectamente regimentado. Me invitaron desde Caracas. Me insistieron para que volviera a Chile. Yo, pobre de mí, parecía ser el blanco de las más diversas solici-taciones. Pero todo esto era (como siempre) un resplandor fugitivo y efímero. Para ir a cualquiera de estas partes necesitaba dinero, visados y otras menudencias. De repente, el Bryn Mawr College, el más distinguido de EE.UU., y de tal rango académico que hasta otorgan grados de doctor (naturalmente, todo esto me tiene sin cuidado), tuvo la feliz ocurrencia de invitarme a dar en principio un curso, el de 1949-1950, bastante bien pagado y con pocas horas de trabajo. Fui allí, comprobé que se trata de un lugar ideal para lo que suele llamarse la fecunda y callada labor del pensador, que había una biblioteca más que excelente, que se me prometía alquilarme un departamento amoblado con toda clase de aparatos, y decidí aceptar. Ahora bien, como para trabajar en EE.UU. hay que tener no sé que visado, hubo que salir de EE.UU. para volver a entrar en EE.UU. Todo esto representó molestias, gastos, obstáculos de todas clases (no me dejaban entrar en Cuba, porque no podía reingresar en EE.UU., ni salir de EE.UU. porque no podía entrar en Cuba, porque, etc. etc). Al fin, se solucionó todo. Poderosos amigos (y mi prestigio creciente en la Isla) intervinieron. Y aquí nos tienen desde el 18 de Junio. Naturalmente, hemos topado con otras dificultades para obtener los nuevos visados, pero parece que todo se ha solucionado otra vez. Aquí estoy, pues, dando conferencias (casi una diaria) con el metafísico objetivo de pagar los viajes, la estancia y de ahorrar un par de centenares de dólares para cuando volvamos a EE.UU. Por ahora se están consiguiendo los fines dictados por el mando. Entre otras cosas, el gobierno del país me ha invitado a dar cinco conferencias por 500 dólares. Y la Universidad de Puerto Rico acaba de ofrecerme otros 500 dólares por tres conferencias. Esto va a alegrar mucho... a un amigo mío que hay en EE.UU., y a quien debo 450 dólares que, si las cosas van como van, le pagaré con una puntual religiosidad.

Mi éxito es, pues, completo. Y mi fastidio también. Mis conferencias sobre "Filosofía, angustia y renovación" han despertado histérico entusiasmo en las damas de la localidad (por desgracia, casi todas ellas tienen más de 50 años; las de edad inferior prefieren a Hugo del Carril). Bueno, voy a dejar de hablar de mí para que no crea que me dediqué al narcisismo. Lo que ocurre es que el resto de la familia sigue mis avatares y no hace sino doblar o triplicar mi destino. Renée envía muchos abrazos a Teresa. Y yo quedo esperando noticias tuyas (envíelas antes del 6 de Septiembre al domicilio arriba indicado y desde el 23 de Septiembre a: Profesor J. Ferrater Mora.- Cartref.- Bryn Mawr, Pa.- U.S.A). Un abrazo muy grande de

J Ferrater Mora